

de las dos era la mas segura ó la mas comun en la Iglesia, ó por lo menos, si la doctrina censurada en Flandes no era errónea ni temeraria (1): lo cual, se añadía, basta para borrar las notas infamatorias con que se había tildado á esta doctrina por medio de una censura que causó tanto escándalo á los ortodoxos como satisfacción á los novadores.

El sistema de los lovainistas, no fué entonces condenado formalmente, supuesto que no se les prohibió continuar enseñándole; pero habiéndose declarado que la doctrina contraria era segura, y por consiguiente la mas conforme á la enseñanza comun de la Iglesia, resultaba de esto una prevencion muy desfavorable á aquellas opiniones singulares, que con el velo de la disimulacion no dejaron de entenderse bastante, y merecieron por último de la Iglesia los anatemas mas formales y denigrativos. El nuncio de Colonia cumplió puntualmente las órdenes de Sisto V, marchó á toda prisa á Lovaina, y despues de algunas tentativas de la facultad para retardar la sentencia, decidió provisionalmente, segun el tenor de su comision, que las proposiciones censuradas, á las cuales califica de doctrina sana, podian enseñarse sin peligro, hasta que la Santa Sede tuviese por conveniente dar una sentencia absoluta y definitiva. No hay duda en que Sisto V queria llegar á este punto, pues mandó que se llevasen desde Flandes á Roma todos los documentos necesarios para juzgar con toda seguridad; y si no lo hizo fué probablemente por los asuntos y cuidados de mayor consideracion que le causó en aquellas circunstancias la crisis fatal en que se hallaba el reino de Francia. Para restablecer la tranquilidad y la concordia en los Países-Bajos, prohibió el nuncio á las dos partes, pena de excomunion, reservada al Sumo Pontífice, ca-

(1) *Defens. Lessii, deposita in Colleg. Lov. Societ. J. excusa in Hist. Controv. de Auxil. Append. n. 4, p. 785.*

lificar sus opiniones reciprocas de heréticas ó de escandalosas, y criticarse mutuamente como tildados ó sospechosos de heregia.

Este decreto fué recibido con respeto y con una sumision sincera, no solo por los obispos, sino tambien por el mayor número de los doctores de Lovaina. Mas tiempo se necesitó para sujetar á los de Douai, pero su buena fé y su perseverancia fueron iguales á su primera resistencia. Inmediatamente despues de la publicacion de la sentencia, cesaron en Lovaina todos los actos de hostilidad en los dos partidos, y por mucho tiempo pareció que la reconciliacion se iba consolidando de dia en dia. La muerte de Bayo, que se verificó en el año siguiente, pareció contribuir mucho á la conservacion de la paz. El dia 16 de setiembre de 1589, á los setenta y siete años de edad, y cuarenta de carrera académica, fué á dar cuenta al Juez Supremo del largo tiempo que habia empleado en introducir novedades sospechosas en una de las escuelas cristianas mas puras y florecientes; de las notas de heregia y de las censuras mas injuriosas con que habia procurado tildar á los doctores y á las doctrinas mas conformes á la enseñanza pública de la Iglesia; de las injurias vomitadas en sus pérfidas apologias contra un santo Papa que reprobaba su doctrina; de su obstinacion en fatigar á cuatro Papas con sus espantosas innovaciones y con sus apologias injuriosas; y en fin, de siete ú ocho protestas, en que lo firmaba y juraba todo sin cumplir nada, y en que se confesaba eternamente subordinado á la bula de Pio V, al mismo tiempo que no cesó jamás de blasfemar de ella. La sinceridad de Bayo en sus últimos momentos, de la cual es Dios el único juez, queda para los hombres en la clase de problema. No obstante, debemos confesar que en medio de su excesivo orgullo tenia Bayo muchas virtudes humanas, á saber, la sobriedad, la castidad, bastante afabilidad en su trato, y mucha exactitud en cumplir con las obligaciones de su estado. Tampoco le fal-

taba talento é ingenio, bien que estas cualidades no eran tan sobresalientes como él se figuraba. Dicese que habia leído nueve veces todas las obras de San Agustin (1); pero hubiera merecido mayores elogios si en vez de cargarse demasiado con este alimento fuerte, le hubiera digerido mejor.

Atendiendo Sisto V al mismo tiempo á todo lo que podia ceder en honor de su reinado y de su Pontificado, estableció varias congregaciones ó consejos de cardenales, á saber, para la ejecucion é interpretacion de los decretos del concilio de Trento; para la ejecucion de las prohibiciones de los malos libros; para la impresion correcta de la Biblia, de los concilios, de los santos doctores y de las bulas pontificias; para el orden de las ceremonias en los divinos oficios y en la administracion de los Sacramentos (2). Otras tenian por objeto la abundancia de viveres, el cuidado de los caminos, de los puentes y de las aguas en el Estado eclesiástico. Para que estuviese abundante el trigo, con especialidad en Roma, estableció un fondo permanente de cien mil escudos. Poco despues edificó la famosa biblioteca del Vaticano. Para imponer silencio á los que declamaban contra los abusos de la curia pontificia, declaró vacantes los beneficios de los que fuesen promovidos al cardenalato, y obligó á residir en ellos á los que los obtuviesen de la Santa Sede por dispensa. A ejemplo de Pio V que habia colocado en el número de los doctores de la Iglesia á Santo Tomás de Aquino, del orden de Santo Domingo, dió Sisto el mismo título á San Buenaventura, religioso de la de San Francisco (1588). Aunque estos dos Santos no habian tenido hasta entonces mas que la simple denominacion de doctores de la escuela, siempre habian sido mirados con una veneracion particular.

En el mismo año aprobó una nueva con-

gregacion instituida por Juan Agustin Adorno y Francisco Agustin Caracciolo, de las ilustres familias conocidas con estos apellidos en Génova y Nápoles. Era la sétima congregacion de clérigos reglares que se establecia en aquel siglo, y como Sisto V habia sido franciscano, la llamó congregacion de clérigos reglares menores. La reforma de los ermitaños de San Agustin fué establecida el año siguiente en el capitulo general celebrado en Madrid.

Mientras este Papa aseguraba de este modo la felicidad, el reposo y la gloria de Italia, habia llegado Paris á ser el centro fijo de la Liga, la cual tenia ya allí su Consejo, que si bien formado al azar, de personas de todas clases, faltas de luces en su mayor parte, y aun de las primeras nociones de política y gobierno, estaban subordinadas á la duquesa de Montpensier, hermana del duque de Guisa, que les inspiraba contra Enrique III un resentimiento cuyo motivo no podríamos encontrar quizá sino escudriñando su conducta privada. Además del Consejo general de la Liga, habia en los diez y seis cuarteles de Paris otros tantos Consejos subalternos, segun ya hemos dicho, los cuales primeramente deliberaban á parte, despues se concertaban entre sí, y luego se entendian con el Consejo general. Al referir asi la organizacion de la Liga, y sobre todo la de los coligados celosos de Paris que formaban como una asociacion particular dentro de la general para el mantenimiento de la Religion del Estado, debemos hacer notar que los calvinistas habian dado el ejemplo de esta organizacion á los católicos, los cuales se limitaban á adoptar para su defensa el sistema que los hereges empleaban para el ataque; pero al menos los de la Liga reconocieron sobre su asociacion un poder directivo que era la Iglesia, al paso que los confederados calvinistas, organizados ya en república dentro del reino, no subordinaban á nadie el principio absoluto de su independencia.

Cuando se vieron en estado de dar el últi-

(1) F. Swerts, in *Athen. Belg.*

(2) *Magn. Bullar. t. 11, Const. 81 et seq. Sixt. V. B. del C., tomo XX.—VII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo V.*

mo golpe, el duque de Guisa, que mandaba un ejército en la frontera de Alemania, fué á Nancy á aconsejarse con los príncipes de su casa y con los demas principales personajes de la Liga (1). Se resolvió que se pidiese al rey una declaración mas auténtica á favor de la santa union, la publicacion del concilio de Trento, el establecimiento de la Inquisición, el retiro de los cortesanos y de las personas constituidas en dignidad que se le designasen como sospechosas de heregía, la guerra contra los hereges, que no cesaban de desgarrar el seno de la patria, á menos que abjurasen y consagrasen perpetuamente sus bienes y su vida á la defensa de la santa union; y en fin, plazas de seguridad con tropas mantenidas por el Estado, así en las fronteras como en lo interior del reino. Enrique estuvo perplejo entre la concesion y la repulsa; de modo que si los fogosos coligados de Paris, demasiado exactos en conformarse con una decision de la Sorbona (la cual habia resuelto el año anterior (1587) que se puede quitar el gobierno á los príncipes que no son tales como deben ser, así como se puede quitar la administracion al tutor que se tiene por sospechoso), no hubiesen conspirado entonces para acabar con la guardia del rey y apoderarse de su persona, es verosímil se hubieran concedido la mayor parte de los artículos de Nancy; pero habiéndose descubierto la conjuracion, y los *Diez y seis*, que estaban encargados de llevarla á efecto, no viendo en su desesperacion mas que suplicios preparados para castigar su atentado, enviaron al duque de Guisa cartas y mas cartas, diputados y mas diputados, para manifestarle que estaban resueltos á abandonarlo todo, si no iba al momento á socorrerlos. No interesando menos al rey en tenerle distante, le dió orden para que no fuese á Paris.

Llegó sin embargo el duque, acompañado de solas siete personas entre amos y criados; pero aun no habia llegado al centro de la ciu-

(1) *Mem. de la Liga*, t. 2, p. 293 y sig.

dad, cuando tenia ya al rededor de sí mas de treinta mil (1). Lleno de gozo el pueblo, no cesaba de gritar: *viva Guisa*; pero con una satisfaccion y júbilo que jamás habia manifestado á su soberano. Unos le llenaban de bendiciones, y le dieron mil veces el nombre de libertador de los franceses; otros se arrodillaban y le besaban el vestido; algunos, segun d'Aubigné, tocaban á él los rosarios, y los que no podian llegar á sus pies, le alargaban las manos en ademán de suplicarle, como á una divinidad. Las señoras echaban flores y yerbas desde las ventanas, redoblando las aclamaciones. El duque, con aquella grandeza y afabilidad que era en él tan señalada, caminaba á paso lento, con el sombrero en la mano, diciendo palabras de gratitud á los mas próximos, saludando con graciosa sonrisa á las personas que estaban en las ventanas, y correspondiendo con ojos y manos á la acogida que todos le hacian. En medio de este triunfo como inesperado, y por lo mismo mas lisonjero, fué á parar al palacio de Soissons, cerca de San Eustaquio, donde habitaba la reina madre, la cual no pudo disimular el sobresalto que la causó su presencia, y con todo eso se ofreció á llevarle al cuarto del rey.

Se pusieron inmediatamente en camino, la reina en su silla de manos, y el duque á pie, hablándola con una serenidad, que no se alteró al encontrarse con los guardias, á los cuales manifestó el mismo agrado que al pueblo. Sin embargo, en aquel momento se deliberaba acerca de su vida ó de su muerte en el palacio en que ponía los pies. Despues de algunas reconvençiones de poca importancia por parte del monarca, y de algunas justificaciones por parte del vasallo, se separaron. Enrique, á quien intimidaba la escolta de treinta mil hombres que el favor popular habia formado en derredor del duque, no se atrevia á intentar el restablecimiento de su autoridad con una medida decisiva; y el duque, á quien las simpatías del

(1) *Mem. de Aubigné*, t. 3, l. 7. *Diario de Loisel*.

pueblo sostenian contra la desconfianza del soberano, debia felicitarle de haber salido así del peor paso en que pudo empeñarle su audacia. Ambos á dos hicieron sus reflexiones, y trataron de reparar su flaqueza ó su imprudencia.

Convocó el rey á los nobles, hizo que tomaran las armas los mejores ciudadanos, enemigos de las turbulencias, porque estas no podian menos de serles perjudiciales, y trajo de Lagny cuatro mil suizos que estaban allí acuartelados, y se apostaron en varios parajes de la ciudad. Recelosos los parisienses de la suerte del duque mas que el mismo duque, tomaron al momento las armas, tendieron las cadenas, formaron empalizadas con tablas, vigas, toneles llenos de tierra y estiércol, cofres, armarios y demas muebles que tenian en sus casas; desempedrarón las calles, y pusieron en los balcones las piedras que habian arrancado; tocaron á rebato, prolongaron las empalizadas, y las desalentadas tropas del indeciso monarca, el cual las habia prohibido toda violencia, se dejaban atacar, y en menos de cuatro horas quedaron cortadas todas las comunicaciones de aquella gran ciudad, y los coligados establecieron su última barricada á cincuenta pasos del Louvre.

Cogidas así en diferentes redes las tropas del rey, sin poder reunirse ni ir atrás ni adelante, se arrimaban á las paredes para libertarse de las pedradas y fusilazos que llovian desde los tejados y balcones. Algunos soldados enseñaban los rosarios, y gritaban con todas sus fuerzas que eran buenos católicos. Sin embargo, hubo como unos sesenta entre muertos y heridos; antes que el duque de Guisa, el cual estaba tranquilo en su alojamiento, se manifestase jefe de la empresa. Entonces se presentó como triunfador y señor absoluto en medio de aquel espantoso tumulto. No tenia mas que una caña en la mano, y suspendiéndose de repente todo el furor quedaron al momento despejadas las calles por donde habia

de pasar. Felicitó al pueblo por haber asegurado su libertad y su vida; trató con una noble familiaridad á aquellos vencedores oscuros; los elogió porque habian despreciado los peligros y la muerte por la defensa de la Religion; se acercó á las tropas del rey, las habló con cariño, hizo que rindiesen las armas y abriesen el camino de Louvre, y dió al conde de San Pol el encargo de acompañarlas hasta que estuviesen fuera de peligro; se establecieron despues guardias regulares para la noche, y queriendo el corregidor dar el santo en nombre del rey, como tenia de costumbre, no quiso recibirle el pueblo, y se le pidió al duque. Aquí viene muy oportunamente la reflexion de Feller (1): «Si el dia de las barricadas hubiese atentado Guisa á la libertad ó á la vida del rey, habria quedado dueño de la Francia; pero su horrorizó de este atentado, y este rasgo así como otros muchos contrasta honrosamente para él con las calumpias que los escritores hugonotes y los filósofos modernos han amontonado contra este príncipe.»

No dejó la reina madre de valerse tambien de los medios que la eran familiares; esto es, de las conferencias y negociaciones. Aun estaba entretenida la reina en sus conferencias, cuando Enrique, considerando que semejante lucha entre el príncipe y el vasallo no podia concluir sino con la ruina absoluta del uno ó del otro, se escapó por una puerta escusada de Louvre, que aun no estaba sitiado por la parte del campo, atravesó el jardin de las Tullerías y fué á parar al monasterio que habia mandado construir para el nuevo instituto de los sulzenses y que entonces estaba estramuros de Paris. Allí tomó un caballo y huyó á rienda suelta, acompañado cuando mas de treinta personas, pues el resto de la corte seguia á lo lejos con el mayor desorden. Algunos cuerpos de guardia que se le habian adelantado, dispararon contra él, y á falta de armas le llenó

(1) *Art. Enrique III.*

de injurias el populacho. Le alcanzaron sus tropas en el camino de Chartres, adonde llegaron todos juntos el día siguiente.

Viendo Guisa que el rey abandonaba su capital, no quiso él abandonar su conquista, sino que fué á buscar al primer presidente Aquiles de Harlai, á fin de tomar las providencias correspondientes para poder subsistir en ella; pero la única respuesta que le dió este, fué la siguiente: «cuando está violada la magestad del príncipe, nada puede el magistrado.» Nadie le opuso resistencia alguna. Le entregaron la Bastilla, Vincennes, el Temple y los dos edificios llamados *Chatelest*; y en todas partes puso por gobernadores á sus hechuras. A Bussi-le Clerc, maestro de esgrima, se le dió el gobierno de la Bastilla. Entretanto al otro día de marcharse de Paris el rey, quedó la ciudad tan sosegada como si no hubiese habido ninguna conmocion.

Calmados los parisienses, pensaron en llamar al rey, y fueron á comunicar su designio á Fr. Ángel de Joyeuse, el cual le aprobó y se ofreció á ir al frente de ellos. Fr. Ángel era el jóven conde de Bouchage, que consternado con la muerte temprana de su muger, acaecida en el año anterior, habia tomado de repente la resolucion de abrazar el instituto de los capuchinos, al mismo tiempo que su hermano el duque de Joyeuse se hallaba en aquel grado de favor, en que se atrevió á solicitar, y tuvo la desgracia de conseguir el mando de un ejército brillante que se enviaba contra el rey de Navarra; presuncion que expió en los campos de Coutras, donde no sabiendo ya qué resistencia oponer á los golpes de Enrique, supo á lo menos esponerse á sí mismo y murió en el campo del honor con otro hermano suyo, el conde de San Salvador.

No se les ocurrió cosa mas á propósito para mover la piedad singular de Enrique III, que presentar á Fr. Ángel bajo la figura del Salvador en el acto de subir al Calvario. Le pusieron al hombro una gran cruz de carton

pintado, la que llevaba aparentando que le costaba mucho trabajo, y una corona de espinas en la cabeza, de la que parecia le caían en la cara algunas gotas de sangre, que se le habian pintado igualmente. A los lados iban dos capuchinos jóvenes revestidos de albas, y representando el uno á la Virgen y el otro á la Magdalena. Seguíase á esto un gran número de penitentes, y los mas devotos representaban á los varios personajes de la Pasion. Se dispuso la procesion de modo que llegase á la catedral mientras estuviese el rey en las vísperas. Al entrar entonaron el *Miserere* con un tono muy lúgubre, y dos capuchinos azotaban cruelmente á Fr. Ángel, el cual fué á echarse á los pies del rey con los demas penitentes, pidiendo todos misericordia (1). Omitimos describir, como objeto poco digno de la gravedad de esta Historia, la armadura repugnante y burlesca de los tres payasos que iban abriendo la marcha, y cuya mascarada apenas verosímil puede verse en el historiador Augusto de Thou, testigo ocular (2). El mariscal de Biron aconsejó al monarca que mandase prender á todos aquellos penitentes sediciosos, muchos de los cuales iban en efecto á derramar en Chartres las semillas de la desafeccion, que muy en breve obligaron á Enrique III á retirarse á Rouen; pero este príncipe incomprensible los recibió con agrado, y dió palabra de perdonar á los parisienses, con tal que volviesen á cumplir puntualmente sus deberes.

Despues de la diputacion procesional, se presentó otra del parlamento de Paris, y en seguida otra de los oficiales municipales, siendo recibidas todas ellas con la serenidad asombrosa de Enrique III, y dando motivo á que se tratase de composicion. La reina madre, que se habia quedado en Paris con la mira de hacerse la necesaria, no dejó de acojer con su ardor acostumbrado las propuestas de una com-

(1) *Cayet. D'Aubigny; De Thou, l. 90 al fin.*

(2) *De Thou, l. 90 al fin ib.*

posicion. Cerca de un mes estuvieron los caminos llenos de correos y ministros, que iban continuamente desde Rouen á Paris, y desde Paris á Rouen. Por último, se publicó el famoso edicto de union, cuyos articulos habian sido acordados el día 21 de julio de 1588 entre la reina, el cardenal de Borbon y el duque de Guisa; edicto que fué reconocido y jurado como ley fundamental del Estado el 18 de octubre siguiente en las Cortes de Blois. La santa Liga ó Union quedaba erigida en ley capital del Estado, á la cual no se podia desobedecer, ni aun ser indiferente con respecto á ella, sin incurrir en el delito de sacrilegio y felonía. Se declaraba á los herejes una guerra á muerte, y se prometia no interrumpirla hasta que quedasen imposibilitados de causar mal. Se excluía implícitamente al rey de Navarra del trono de Francia por el artículo 3. Se nombraba generalísimo al duque de Guisa, con una autoridad ilimitada sobre los ejércitos. Se entregaban á los de la Liga las plazas de seguridad, donde pudiesen poner guarniciones á su arbitrio; se quitaban los empleos á los gobernadores de otras muchas ciudades y aun de provincias, para sustituir en su lugar los que nombrase la santa Union; se mandaba que saliesen de la corte los favoritos y los ministros; y así para confirmar estas disposiciones, como para aliviar á los pueblos y reformar enteramente el gobierno, se señalaba una junta ó asamblea general de todos los órdenes del reino en la ciudad de Blois, la cual habia de celebrarse en los primeros dias de octubre.

Allí era donde debia manifestarse Guisa en el mas alto grado de elevacion, pero para dar un ejemplo mas terrible cayendo desde un puesto mas encumbrado. Habiendo llegado el duque de Guisa á aquel término fatal, donde ya no habia medio entre gobernar ó morir, no omitió diligencia alguna para dar la ley á su soberano, cuyas irresoluciones, si no fueran reprimidas con energía, podian comprometer la suerte de la Religion en Francia. Para esto se

trataba únicamente, á lo menos segun el estilo ordinario, de tener el mayor número de votos, haciendo que la asamblea se compusiese de diputados que estuviesen á sus órdenes: lo que no le fué difícil, mediante la autoridad que ejercia, con especialidad en las provincias inmediatas á la capital, y el predominio general que tenia sobre los tres órdenes del Estado. Sin embargo, el duque de Guisa se precipitó y aceleró su ruina con su orgullo y con algunas amenazas indiscretas, á lo que contibuyó aun mas su hermana la duquesa de Montpensier, con el delirio de su furor, pues llevaba consigo unas tijeras de oro, las que enseñaba de cuando en cuando, jactándose de que las tenia siempre á la mano para hacer al rey el cerquillo. Esta audacia estremada y la paciencia inesplicable del rey infundian grandes recelos á muchos amigos del duque, los cuales le suplicaron que no abusase de la fortuna; pero jamás pudieron persuadirle que fuese capaz Valois de tomar una resolucion vigorosa. Un día le pusieron debajo de la servilleta un papel anónimo, en que se le participaba el designio que habia formado el rey de mandar que le asesinasen. Leyóle Guisa con serenidad, escribió á continuacion de él estas palabras: *No se atreverá á eso*, y le tiró debajo de la mesa. Pero al esceso de la molicie habia sucedido por último en Enrique el esceso contrario. El día 23 de diciembre, estando el duque en la asamblea, á donde era de los primeros en asistir, le avisaron de que tenia el rey que comunicar con él un asunto reservadamente. Salió de la sala, entró en la antecámara del rey, y mientras estaba ocupado en abrir la mampara, le aseguró la espada un asesino para que no pudiese hacer uso de ella, y al mismo tiempo le clavó un puñal en el pecho, y en seguida acudieron otros ocho que le cosieron á puñaladas, pues para asegurar la muerte de la víctima se habian escogido de entre los guardias cuarenta y cinco asesinos. Guisa dió un gran suspiro, y logró despren-

derse de sus manos, pero fué á caer al otro extremo del cuarto donde espiró diciendo: «Dios mio, tened misericordia de mí.» Su hermano, el cardenal de Guisa, quedó preso en el mismo instante, y le asesinaron al otro día (1588). Pero como no se prendió en Lyon al duque de Mayena, hermano del duque Enrique, y como el rey no fué á Paris á despedir á los gefes de la Liga, este homicidio fué un crimen inútil. «Lejos de servir al rey, dice Feller, el asesinato de un héroe y el de un sacerdote hicieron execrable á Enrique III á los ojos de todos los católicos sin hacerle mas temible. Los hombres á quienes acababa de quitar la vida eran venerados, especialmente el duque. Al lado de esto todos los demas príncipes parecían pueblo: ensalzábale no solamente lo noble de su presencia, sino también la generosidad de su corazón, y sobre todo su grande adhesión á la Religión católica, que se hallaba entonces en el mayor peligro y que la generalidad de la nación reclamaba como su propiedad mas preciosa.»

Así murió á los cuarenta y dos años de edad el duque de Guisa, por sobrenombre el Acuchillado; y para pintarle exactamente, basta decir que escedió á su padre en cualidades brillantes. Habría sido el rey mas grande, no solo de su siglo, sino de casi todos los siglos y naciones, si la Providencia le hubiese colocado en el trono, á donde no intentó subir durante la vida de Enrique III, si bien aspiró quizá á sucederle en caso que muriese. Luego que espiró el duque, fué Valois á buscar á su madre, y la dijo en tono triunfante: «Señora, se acabó el rey de Paris, y ya reino yo en toda Francia.» Postrada Catalina con la fuerza de la enfermedad, que por último la quitó la vida, respondió desmayadamente: «Querida Dios, hijo mio, que por el contrario no sea esta muerte la causa de tu ruina, porque no basta cortar, sino que es necesario saber coser y haber tomado bien las medidas.» Al cabo de quince dias murió la reina, sin que,

por decirlo así, bien pensase nadie en ello, despues de haber sido ella el móvil de todo en los reinados deplorables de sus tres hijos, cuyas revoluciones son mas á propósito para dar idea de su carácter que cuantas pinturas pudiéramos hacer de ella.

Enrique, que acababa de dar un golpe tan atrevido, no fué rey mas que un solo momento, porque exhausto con este culpable esfuerzo, volvió á abandonarse inmediatamente á su inacción habitual. En Paris todo era perplejidad y consternación. Si el rey se hubiese presentado inmediatamente en aquella capital, acompañado de algunas tropas que hubieran sostenido á los vasallos fieles que conservaba en la magistratura y en la clase media del pueblo, habría obligado á los gefes de la Liga á salir de la ciudad, y el pueblo, viéndose sin guías, se habría sujetado á su autoridad; pero se contentó con enviar un negociador, é infiriendo de aquí los coligados que se les temia, dejaron ellos de temer. En pocos momentos se convirtió el esceso del terror en un furor tan desenfrenado, cuyos excesos todavía mayores llenan todas nuestras Historias. El presidente Harlai y los muchos magistrados fueron conducidos con él á la Bastilla; la Sorbona decidió por el voto de setenta doctores que los franceses estaban absueltos del juramento de fidelidad que habian prestado al rey, que se habia convertido en asesino y perjuro, y que debian tomar las armas contra él en defensa de la Religión católica; los clérigos y frailes, atizando el fuego de la guerra desde los púlpitos y confesonarios, no le daban otro nombre que el de Enrique de Valois; se derribaron sus armas y estatuas, se hollaron sus retratos y se hacían votos por que se pudiese tratar del mismo modo á su persona; por último, el duque de Mayena, que habia acudido desde Lyon, donde por una hora no se prendió un grupo de realistas, fué nombrado lugarteniente general del reino con el mismo poder y facultades que si no hubiese rey (1589).

Habiendo cuádrilo muy luego la desercion

por las provincias, de suerte que apenas habia ninguna plaza que no estuviese en poder de los de la Liga ó de los calvinistas, y hallándose el rey muy próximo á verse cercado por los coligados en la ciudad de Tours, este príncipe, reducido á semejante extremo, tomó el partido de ir á ponerse en manos del rey de Navarra, que habia quedado por único gefe de los calvinistas, despues de la muerte del príncipe de Condé, acaecida en el año anterior. Despues de tantos triunfos conseguidos por los dos reyes, cuantos fueron los obstáculos que se opusieron á su marcha desde Tours hasta Paris, se presentaron delante de esta capital con un ejército brillante de cuarenta mil hombres. La ciudad, con un número de tropas infinitamente desproporcionado á su vasto recinto, mal disciplinadas, alistadas confusamente, y sin saber apenas manejar las armas; Paris, con semejantes defensores, no podia dejar de caer en manos de tantos batallones aguerridos, como no fuese por un milagro ó por una maldad.

Entre el gran número de entusiastas seculares y regulares que habitaban en Paris, habia un dominico de veintidos años, hombre tético y adusto, no menos audaz que reservado, ambicioso y muy amante de la estimación y familiaridad de los grandes. Llegaron á noticia de la desenfrenada Montpensier algunas palabras misteriosas de este hombre temible. Le llamó pues á su casa y habló con él muchas veces y largo tiempo á solas. Con estos horribles auspicios salió de Paris, llevando consigo algunas cartas sacadas por sorpresa á varios ciudadanos conocidos por su adhesión al rey, é hizo que le presentasen á este, con pretexto de que tenia que comunicar reservadamente con su Magestad asuntos de la mayor importancia. Le salió el rey al encuentro, tomó las cartas, y en el momento en que estaba engolfado en su lectura, sacó de la manga aquel perverso un puñal envenenado, y se le clavó en el vientre. En el mismo instante fué des-

pedazado el asesino, por efecto de un celo imprudente, que solo sirvió para asegurar la impunidad de sus cómplices. El rey, que habia derramado la sangre de Guisa, sufriendo así la pena terrible del talion, murió al otro día, que fué el 2 de agosto de 1589, á los treinta y ocho años de edad y quince de reinado. Aquí consignaremos, bien que con la espresion de la duda, la opinion de los dominicos Steill y Dolmans, cuyas sabias disertaciones tienen por objeto probar que el asesino no fué Jacobo Clemente, sino un hugonote que se habia puesto sus hábitos despues de haberle quitado la vida.

Como quiera que sea, luego que se declaró que la herida era mortal, se confesó el rey, pidió la absolucion de las censuras pronunciadas contra él con motivo del asesinato del cardenal de Guisa, y despues recibió la comunión con unas disposiciones que edificaron á todos los concurrentes. Dijo que habia aprendido de Jesucristo á perdonar, y que así perdonaba con sinceridad á todos los autores de su muerte, y que lo único que sentia al morir era dejar espuestos á tantas calamidades á los franceses, á quienes habia amado siempre con paternal cariño. En seguida declaró que solo el rey de Navarra tenia derecho al trono, y que no debia servir de obstáculo la diferencia de religion, porque una alma tan recta y tan franca no podia menos de volver á entrar tarde ó temprano en el gremio de la Iglesia. Dicho esto, pidió que se acercase á él, le abrazó tiernamente, y teniéndole entre sus brazos, le dijo clavando los ojos en el cielo y con un tono como inspirado: «Tened por cierto, mi querido cuñado, que si no os haceis católico no sereis rey de Francia.» Al ver este tierno espectáculo no hubo quien pudiese contener las lágrimas, y solo se pensó en las amables cualidades del último de los Valois, buen amigo, excelente amo para sus servidores, querido de cuantos le trataban, benéfico con todos, magnífico en sus liberalidades, y que daba con